

PEREIRA MENAUT, Antonio-Carlos, *Política y educación*, EUNSA, Pamplona, 1993, Colección nt Educación.

En la simplicidad del título de esta breve obra de reciente publicación se encierra la gran riqueza de una cuestión clásica en el pensamiento educativo: la mutua influencia y las problemáticas relaciones entre política y educación.

No basta con atender a cada una de esas dimensiones por separado; hay que armonizarlas adecuadamente. En este sentido los efectos más característicos serían dos: uno, el incremento de la calidad del carácter humano; y otro, la construcción de un mundo a la medida del hombre. Así, la vida social se caracteriza por ofrecer expectativas de incremento cuando se poseen abundantes recursos intelectuales y éticos.

La calidad de vida, la auténticamente humana calidad de vida, no tiene su centro de gravedad en la fábrica exterior de la sociedad; parece residir más bien en la decantación vital de la libertad razonable —que es creciente— en los sujetos que la ejercen de un modo solidario.

¿Y qué papel tiene entonces en todo esto la educación, la escuela, las instituciones, la sociedad, la política? La educación es quizá el campo en el que más claramente se pueden apreciar las diferencias entre el adoctrinamiento clamoroso y una potenciación de la dignidad humana y de la libertad.

La educación debe formar al ciudadano. Sobre esto no hay duda. El carácter social de la educación estuvo siempre presente en la tradición y pensamiento griegos a los que el autor recurre. Sin embargo también está vivo allí el conocimiento del valor individual.

No existía un problema educativo separado del aspecto político y moral. De ahí la gran importancia que asumió la educación en la *polis* griega de la época clásica. La educación tenía dos finalidades precisas: el desarrollo del ciudadano fiel al Estado y también la formación del hombre que adquiere plena armonía y dominio de las propias actividades. El problema de la educación es por tanto un problema ético que alcanza una dimensión política.

Se estructura el libro en tres partes siendo la tercera ("Vieja y nueva universidad") y la primera ("Política y educación") respectivamente, las que mayor contenido aportan.

Los dos primeros capítulos replantean el pedagogismo político, ya cuestionado en Sócrates y Platón y que ha llegado bastante vivo hasta nuestros días. En el primero, analiza el origen del problema y las principales posiciones a lo largo de la historia especialmente las de corte ilustrado. Así llega al *quid* de la cuestión sintetizando el pedagogismo político en cinco proposiciones que

seguidamente somete a crítica. Llega a una conclusión negativa para ese pedagogismo político que tanto crédito tuvo en otros momentos. Es cierto que las constituciones, las leyes y la política no pueden hacer milagros en un país atrasado, pero tampoco la educación ni la ciencia pueden. El punto de referencia, aunque no sea para mostrar acuerdo, lo da Platón.

Los dos primeros capítulos (ya publicados en la *Revista de Derecho Político* de Madrid y en la *Revista de Derecho Público* de Santiago de Chile) afirman que la política y la educación son diferentes y pertenecen a distintos ámbitos. La cultura pertenece al ámbito del saber y la política al del poder. Esto no es más que la clásica distinción entre *Auctoritas* y *potestas*, que fue una realidad en Roma, y a la que tanta atención ha dedicado el profesor d'Ors. De ahí se derivan otras diferencias que son como desarrollo de esta primera.

El *excursus* sobre los intelectuales y la política tampoco concluye favorablemente respecto a los primeros ya que –afirma el autor–: los intelectuales no siempre son buenos políticos ni siempre es positivo su influjo; agravan los conflictos al encuadrarlos en teorías generales; y muestran en ocasiones más capacidad destructiva que constructiva. Matiza estas afirmaciones y concluye con palabras de Gellner: esos académicos "presumiblemente aceptarían mejor el mundo que les rodea sólo con aprender a pensar, hablar y escribir claramente" (pág. 57).

El tercer capítulo reflexiona sobre los presentes problemas de la academia y concluye que no son sólo ni principalmente de naturaleza política. Aunque existen problemas de politización inmediata, reconoce otro problema político general que consiste en la propia existencia del Estado, con su tendencia a controlar la *auctoritas*. Reconoce una influencia negativa al exarcebado capitalismo de nuestros días y a los cambios de las propias universidades, incluyendo las actitudes mentales de profesores y alumnos.

¿Qué hacer ante este panorama? se plantea; y se arriesga a proponer varios remedios: "restaurar la educación liberal, romper la rígida correspondencia entre estudios y profesión, reponer unos presupuestos mínimamente humanistas y realistas; evitar excesivas presiones políticas o económicas (...) que las universidades no partan de cero; cultivar la retórica; hablar, leer, escribir y pensar" (págs. 86-87).

Así como el capítulo primero se defendía la autonomía de lo político frente al mundo educativo y científico, en el tercero se defiende y propone que la academia tome distancia del mercado y del Estado y vuelva la vista a remedios desde dentro, tales como aprender a pensar, hablar, leer y escribir. El mundo político que se atenga a su propia dinámica y menesteres; el mundo científico y

educativo, por su parte, que atienda a los suyos, que forme personas cultivadas y libres, antes que ejecutivos para el mercado, o funcionarios para el Estado.

La pregunta clave sería: ¿cómo es el tipo de hombre que queremos formar? Responder a eso es casi como definir formalmente la educación liberal. El profesor Pereira recurre, para responder a esa cuestión, a un texto de *Scape from Scepticism* de C. Derrick –autor al que hace referencia en muchas ocasiones a lo largo del libro, así como a Chesterton en su *Ortodoxia* y a C. S. Lewis en *The Abolition of Man*–:

"Si un hombre disfrutó de la bendición de una buena educación liberal... no por eso va a estar directamente cualificado para seguir una profesión en concreto. Por el contrario, habrá sido estimulado para desarrollarse más integralmente como hombre. Será una persona que haya leído, informada, sensible; tendrá una cierta capacidad para apreciar las bellas artes y un cierto entendimiento del mundo, la historia y sus problemas: sus simpatías serán amplias y su mentalidad tolerante, y si surge alguna cuestión pública o política, aportará a la discusión algo más que mero prejuicio e interés propio. Tendrá alguna destreza en las difíciles artes de leer, escribir y pensar, tendrá recursos internos; valdrá la pena vivir con él (Derrick, 12)" (pág. 86).

La filiación jurídica del autor es patente en los enfoques que ofrece de los problemas debatidos en esta breve obra; él mismo lo hace notar en la presentación. Pero su enfoque es más amplio; se podría decir, de algún modo, humanista.

Requeriría quizá una mayor precisión el uso que hace de algunos términos como por ejemplo los de *educación*, *ciencia* y *cultura*; el propio autor lo reconoce (cfr. pág. 15). Trata a la *educación* y a la *ciencia* como actividades y conceptos sinónimos (cfr. por ejemplo pág. 41 *in fine*) pero no lo son realmente: "la educación y la ciencia –afirma– son tareas racionales, frías discursivas" (pág. 41). Se podría decir a este respecto que la ciencia enseña la verdad, pero esto no basta para la educación. El mero conocimiento de la verdad no mueve a la acción personal ni a la praxis social, que son precisamente la clave de la formación humana. Sólo por medio de la acción la ciencia llega a ser plenamente saber: saber pensar, saber obrar y en definitiva saber vivir. Saber no es sólo posesión de conocimientos, es de algún modo, vivir. Y educar es ayudar a saber y para eso no basta la ciencia.

De este modo, se podría apuntar otra semejanza entre política y educación, con limitaciones claro, al considerar a las dos como ciencias prácticas.

Es una aportación de interés en el momento educativo actual, especialmente para quienes estén ocupados en tareas relacionadas con la educación en sus distintos niveles. Además, se hace especialmente asequible por su fácil lectura.

Por otra parte es una obra que tiene la virtud de "hacer pensar" acerca de estas cuestiones fundamentales. "El atrevimiento en que se incurre al aventurar diagnósticos y prescripciones, tiene que basarse *a fortiori* en una epistemología, manifiesta o latente, y en una visión del orden (o desorden) del mundo y la posibilidad de conocerlo, o sea: las dos toma de posturas esenciales y eternas acerca de si el mundo y el hombre son básicamente buenos o malos, y tienen sentido, y si el conocimiento es posible o no". (Pereira, A.-C., *o.c.* pág. 14).

*Concepción Naval*

